

SE IMPRIME
Por la Imprenta HISPANO-URUGUAYA
CALLE DEL OLIMAR 229
SALIENDO LOS DIAS
Martes, Jueves y Sábados
POR LA TARDE

EL CLAMOR PÚBLICO

DIRECCION Y ADMINISTRACIÓN | CALLE DEL OLIMAR, Núm 229

PERIODICO LIBERAL E INDEPENDIENTE



SUSCRICION

Por un año	\$ 10.00
Por seis meses	5.50
Por un mes	1.00
Número suelto	0.10
Número atrasado	0.20

ADMINISTRADOR -- SEBASTIAN B. TORRES

Los remitidos que revistan interés público se publicarán gratuitamente pagándose a razón de 15 pesos columna los de interés particular, y en ningún caso se devolverán los originales.

No se admitirá escrito alguno que no esté amoldado a los principios de programación y garantido en debida forma. La publicidad de un escrito no autoriza exigencia gratuita del número.

EL CLAMOR PÚBLICO

La educación de la mujer

Es un hecho notorio, irrefutable, que en la historia de la humanidad la mujer ocupa el lugar más valioso y culminante.

¿Qué acontecimiento notable, qué acto grandioso nos cuentan pasados siglos, en la historia universal, en que la mujer no haya ligado su nombre y figurado como elemento imprescindible?

Si hablamos dos sexo, es el origen de la raza humana; pero coloquemos en el verdadero puesto que el destino le reserva en el mundo, ante la sociedad.

Ventosla en el hogar desempeñando el papel de madre.

A ella estí encendida la misión augusta de formar de sus hijos miembros útiles para la sociedad y para la patria.

Su corazón es el ánfora sagrada que guarda el tesoro inestimable de sus sentimientos elevados.

¡No la veis enternecida implorando la caridad pública, para llevar el pan al desvalido que gime en la miseria?

¡No la veis correr solloza a curar al pobre enfermo?

¡No la veis humilde posternarse ante el altar en el sagrado templo para implorar del Altísimo la divina protección, si acaso el dolor embarga su débil sencillo corazón?

Pero vedla ante el altar de la patria.

Aquel ser débil, lleno de humanidad y timidez, se transforma en fuerte y varonil, capaz de tómicas empresas, ardorosa y valiente incitando al cumplimiento del deber.

He aquí la causa por la cual la mujer ha sido siempre el motivo directo de los grandes hechos.

Cleopatra la hermosa, enloqueciendo a Marco Antonio tenta en su mano el ser reina del mundo; Judit mata a Holofernes por el ansia de libertar a su pueblo y Juana de Arco prefiere morir en una hoguera con tal de que Francia se salvare.

Pero si aún exigieseis más, recordad tan sólo de España, aquella hermosa tierra en que una mujer corría a los templos a dar gracias a Dios, porque su patria había obtenido la victoria en una batalla en que murieron sus tres hijos, aquellas que en un verdadero paroxismo de amor patriótico decían a sus hijos: «tomad este escudo, hijo mío, vuelve con él sobre él.»

Pero si la mujer es capaz de todas estas sublimes transformaciones, es a causa de estar dotada de un alma privilegiada, poseyendo un corazón impresionable.

Y si poseicionada de la buena senda escapaz de laudables y asombrosas acciones, lanzada por la penitencia peligrosa del error, por el sendero pernicioso y fiero del mal y de la culpa, no será capaz también de grandes faltas y crímenes?

Es indudable.

Pero si la mujer qui es todo corazón y alma, pule sus sentimientos con una buena educación moral; si encuadra sus inspiraciones en una

virtud acriollada; la mujer sería un ser completo, modelo de hermosura digno de servir de ejemplo.

Esto es la educación propia de la mujer y causa única para hacer de ella el ser más valioso de la humanidad.

Mujer que atesora las bellas prendas de virtud, candor, sencillez y bondad, atesora el mas delicioso don que enaltece a la mujer a la categoría de angel. Eduquemos pues a la mujer en su ciencia necesaria: la virtud, y habremos encontrado el medio para que cumpliendo su destino ante el mundo, ya que a ella le pertenece la dicha de ser origen de la estirpe humana, sea también causa de su felicidad.

CLELYA B. CAMPUSANO.

El primer amor

Claudio se había encontrado con Clara en Lucerna y, casi enseguida, la había amado. Aquella pálidéz, más delicada que la del «muguet», aquellos ojos donde los ensueños parecían como sombra de nubes en un lago, aquél andar un poco fatigado, pero ágil y cadencioso, aquél cuello que se inclinaba tan gentilmente bajo el peso de la cabellera: todo tenía para él un atractivo enigmático, una dulzura del «más a lá», que se apoderaba de su alma. Ella pareció sensible a su admiración, y casi agradecida; pero cuando él le hizo la corte abiertamente, niña amueblaba que ella le amaría.

La quisó, en fin, por esposa, y obtuvo el consentimiento de los padres, ella misma, después de algunas semanas de visibles vacilaciones, accedió a su pedido. Sin embargo, no pronunció una sola palabra tierna; se limitó a decir: «Me parece que le amaré.»

El estaba demasiado enamorado para exigir más. Por otra parte, esta vez affidó a la escuela de los que creen que, para muchas jóvenes, casando para la mayoría, el amor sigue al matrimonio.

Clara no era evidentemente de estas. Fue una esposa triste. Tornóse más pálida aún.

La ingenuidad se apoderó de toda su persona; las mejillas se hundieron y manifestaban disgusto profundo por todo. Claudio, que había luchado tanto para lograr para conquistar a su mujer, sintió que un desdileto immense se apoderaba de él. Poco a poco, habría adivinado la existencia de un secreto detrás de esos ojos de ensueño y de esos labios melancólicos. Discreto por temperamento y por tactica, no había hecho una sola pregunta.

Pero, a medida que la veía debilitarse, sentía por ella una profunda lástima. Se preguntó si no sería su deber interrogarla, para saber, por lo menos, si podía evitar o disminuir sus males. Se resolvó una mañana de Octubre, una mañana triste y húmeda, en que todo el cielo parecía huir hacia el occidente. Durante mucho tiempo, ella no quiso confesar nada; pero era demasiado franca y altaña para negar la existencia del secreto. Y, como él declarara que estaba dispuesta a saberlo, y a buscarlo por todos los medios, ella concluyó,

desfallecida e inundada en lágrimas, por confiárselo. Había amado a un hombre, a un hombre que había ofendido gravemente a su padre y al cual había renunciado espontáneamente. Con sinceridad, él había creído poderlo olvidar y amar a Claudio; pero el pasado era imborrable.

Esta confesión sumió a Claudio en la desesperación. Durante varios días sintió una especie de odio contra su mujer. Recorrió los bosques de su propiedad, víctima de los celos, con ideas de asesinato y de suicidio. Pero, cuando vió a Clara obligada a guardar cama, cuando vió los grandes ojos de ensueños, invadidos por claridades verdes de la fiebre, volvió la lista, y nuevamente deseó serle de alivio. ¿Por qué no divorciarse? Si él, Claudio, hubiera podido unir a Clara con el hombre que ella amaba, él no sería más desgraciado, y Clara sería feliz: la habría salvado.

La lucha fué dura. La naturaleza nos impulsa a matar al rival, y Claudio pasó más de una noche maldiciendo a su mujer y rechinando los dientes. Pero era de aquellos espíritus sanos que no querían el mal por el mal.

Llegó un día en que habiendo tomado informaciones en secreto, él mismo fué a buscar al hombre y lo trajo al lado de Clara. Su abnegación no llegó hasta dejarlos solos, pero les permitió que se vieran cada día. Fué una semana atroz. El sufrimiento y los celos devoraban sus carnes. Era él quien se tornaba iluso y pálido; él, cuya mejilla se undían y cuyos ojos se volvían verdes por la fiebre. Aechaba a su rival, viéndolo bien plantado, fuerte, elegante, robusto, agil, hecho, en fin, para gustar lo envolvía en una mirada sangrienta.

Entretanto, la joven esposa recobraba sus fuerzas, al tercer día, se levantó. Su pálidéz persistió, pero menos intensa, casi luminosa; sus ojos tenían nuevas gracia, y casi chispas de felicidad; a veces se llenaban con una especie de éxtasis, y estaba entonces tan bella que Claudio se desvanecía de admiración y de dolor. Pronto empezó a caminar en su habitación; a los ocho días pidió a su marido que la llevase a la terraza.

A pesar de ser noviembre, el tiempo era templado como en el mes de Mayo. Un delicado sol amarillo brilló por las yerbas y por las flores moribundas. Una fuente cantaba en las luces del arco iris; algunos insectos atrasados, viejos y melancólicos regresaron de su especie, revoloteaban en el aire fluido; el porqué ostentaba sus rosas de brocado, sus bordados, sus encajes y sus inventículos iluminados por el sol. Ella se apoyó ligeramente en el brazo de su esposo y dió algunos pasos, en silencio. Luego, con voz baja, casi cortada por las lágrimas,

—Cuán bueno has sido, Claudio! ¡Nunca habrás creído posible tanta generosidad!

—Habrá que salvarte... Todo lo visto poco, si estás curada.

Contestó conmocida.

—Estoy curada.

Claudio palideció; tuvo que hacer un esfuerzo para no vacilar, todo lo que era suficiente.

—Lo habré logrado, pris, hija con

una sonrisa convulsa; sólo me queda ahora concluir la cura...

—Me perdonarás? preguntó ella, con voz temblorosa.

Quiso contestar, pero no pudo; sus dientes se habían apretado; sugirió que estabas sea; su corazón latía violentamente como si hubiera padecido un vértigo...

—Podrás olvidar jamás mi amarga locura. Yo sentía que te quería la mejor de mi vida... sin embargo, no te dejé yo mi felicidad d... Una felicidad que la prueba hace más segura... más profunda. ¡Ah, Claudio! des de el momento que he vuelto a ver ese hombre... he comprendido que mis penas se conclusion... Dic a dia mi incertidumbre fué en aumento... Y, aún en lo tú hayas debido sufrir he pensado quería necesario continuar la prueba hasta el fin...

—Te agradezco estos escrupulos, pudo decir por fin Claudio, y sin embargo, ahorrarme el resto tu confidencia; me causó un mal atrozo...

Volvío la cara para ocultar sus lágrimas y murmuró en voz baja:

—Yo acepto el sacrificio hasta el fin.... ¡Tendréis el hombre que anhelas!

Ella se apoyó aún más en su brazo. Una emoción más viva apareció en sus grandes ojos de convaleciente; luego una inquietud vagó y después esa malicia fanerina que las mejores mujeres mezclan en los sentimientos más graves. Despues de haber caminado algún tiempo sin decir nada, se detuvo delante de una rosa tardía, láguida y pálida.

—¡Una rosa de otro flor exclamó...

Había prometido darla a la persona a la que amaba, la primera flor que vería en el jardín durante mi convalecencia.

Retró vivamente su mano del brazo de Claudio y se alejó hacia la rosa. El la miró, no pudiendo creer en la inconsciente, en la brutal crudidad de esa mujer tan llena de tacto y de delicadeza. Pero ella habría arrancado la flor con prección y volvía, grave, misteriosa, con una mirada que le hizo temblar en todo el cuerpo.

—Si aún me amas, Claudio, toma esta rosa, murmuró.

El palideció; luego una alegría infinita, proligiosa, levantó su pecho...

Y ella, descansando su cabeza brillante sobre el hombro de Claudio:

—Mi querido esposo exclamó. ¡Qué supremabilidad es el sacrificio!

J. H. Rossy.

Escuelas rurales

Con mucha frecuencia nos lamentamos del atraso en que están nuestros hombres de campo, pero no hacemos nada en el sentido de regenerar sus costumbres educándolos con más ó menos regularidad para el cumplimiento de sus deberes y de rechos.

El único medio por el cual obtendríamos su mejoramiento sería fomentando entre ellos la creación de escuelas, puesto que es la educación la que ofrece con su vivificante influencia los verdaderos elementos imprescindibles para su regeneración rápida y positiva.

Una escuela de distancia en distinción, situada en lugares más poblados prestaría a nuestros moradores de campañas incalculables bienes; no sólo porque se exterminarían una vez para siempre ciertas costumbres casi primitivas que en muchos puntos se observan, sino que también se evitaria una diversidad de acontecimientos funestos y que tienen su nacimiento en criterio inconsciente y en los malos hábitos que en ellos están arraigados desde tiempos inverados.

Pero nosotros concebimos que las escuelas rurales a fundarse deben ser de distinta naturaleza a las ya establecidas; debe dárseles otro carácter, imprimiendo en la marcha de la enseñanza, una organización más práctica y que sea de provecho para el que a ellas se someta.

No se nos oculta que los procedimientos seguidos en la mayoría de las escuelas para transmitir la instrucción a la niñez, no proporcionan los resultados apetecidos en la vida práctica del niño.

Es indispensable adaptarlos en todos los casos a fórmulas que estén estrechamente ligadas con los principios que midan esos mismos niños seguirán en su vida de hombres, para adquirir los elementos que los convierten de lleno en las leyes del trabajo y de la labor.

La vida de la escuela debe estar en relación con las bases que constituyen la vida social, industrial y comercial de los pueblos.

Mientras esto no suceda, el niño al salir de ellas caminará al azar, sin un rumbo fijo, será un ser extraño que ignorará el complejo mecanismo de ese conjunto armónico donde lo es trabajo y aspiraciones, llanuras pueblos.

La instrucción que adquiere en numerosas escuelas un grupo considerable de niños, hace desarrollar en ellos un amor acendrado a la empleomanía.

Esto es lógico, máxime si se reconoce que por su preparación intelectual no podrán dedicarse a otra ocupación sino a aquella que puramente exige para su cumplimiento una habilidad, digo de ortografía (no mucho) e interiorizarse del mecanismo siempre sencillo de los trabajos rurales ó en las oficinas.

Esto es la razón del por qué hoy del trabajo y de la industria nuestro elemento nacional joven y su fuerza como el quemis.

Reaccionarse, porque aún es tiempo, y operarse un cambio completo en los medios instructivos de nuestras escuelas elementales.

Menos letrados y más obreros, menos lirismo y más instrucción práctica.

Hé abi el verdadero ideal, la verdadera misión de la educación primaria.

En las escuelas rurales, por ejemplo, los procedimientos para educar e instruir no deben tener casi ninguna analogía con los que se practiquen en los establecimientos de rural. Indolo en las poblaciones, puesto que la vida de sus habitantes, sus costumbres y sus necesidades son todas distintas.

El niño de campaña tiene un carácter diverso al del que pulula por las

NERVIOSIDAD.

Las medicinas que se anuncian para "alimentar los nervios" se cuentan por centenares. De ellas, unas son simplemente bromuros para apaciguar los nervios destruyendo el estómago; otras son tónicos consistentes en estricnina ó otros productos parecidos que los charlatanes usan con la mayor sangre fría y que siempre son más o menos peligrosos.

Los nervios necesitan nutrición indispensable. La confusión comienza cuando se disiente el modo de nutrir los nervios. Las dos pruebas nutrir y estimular no deben confundirse.

Puedese estimular los nervios con muchas cosas pero nutrirlas solamente costaría una. Los nervios reciben su nutrición de la sangre pura y rica, y ésta consiste simplemente de lo que comemos (siempre que se digiere) y de lo que respiramos. Cuando la digestión es imperfecta sucede una de dos cosas, a saber: ó se asimila casi nada, lo cual significa debilidad en todo el organismo, incluyendo el sistema nervioso, ó se asimilan substancias descompuestas ó fermentadas que, en lugar de alimentar, irritan más aún el sistema nervioso.

El remedio lógico de la dispepsia nerviosa ó sea nerviosidad se llama

Pastillas del Dr. Richards.

Esta medicina no es estimulante, ni simplemente tónica; su misión es mucho más importante — poner al estómago ó intestinos en condición de digerir bien para que la sangre derive abundante nutrición y la pase al sistema nervioso.

Toda la nutrición procede de los alimentos y del aire que respiramos; no hay nutrición posible sin digestión, y cuando no se digiere bien precisa poner correctivo al defecto, porque si no se corrige se afectarán los nervios y casi todo el organismo. Para recobrar la facultad de digerir bien, esto es, la facultad de extraer nutrición de los alimentos, es necesario que los Pastillas del Dr. Richards. Tomándolas se cura la dispepsia — sea simple, ácida, nerviosa, biliosa, etc. — y se evitan muchas enfermedades.

No habrá jamás desenfreno para el paciente si tiene siempre en cuenta que el estómago es la base y centro principal del organismo y que la acción de nuestra medicina se sintetiza en la siguiente frase:

"Las Pastillas del Dr. Richards convierten el estómago de tirano en sirviente."

DR. RICHARDS DISPEPSIA TABLET ASSOCIATION, NEW YORK.

Nº 8

DR. RICHARDS DISPEPSIA TABLET ASSOCIATION, NEW YORK.

Nº 8

DR. RICHARDS DISPEPSIA TABLET ASSOCIATION, NEW YORK.

Nº 8

DR. RICHARDS DISPEPSIA TABLET ASSOCIATION, NEW YORK.

Nº 8

DR. RICHARDS DISPEPSIA TABLET ASSOCIATION, NEW YORK.

Nº 8

DR. RICHARDS DISPEPSIA TABLET ASSOCIATION, NEW YORK.

Nº 8

DR. RICHARDS DISPEPSIA TABLET ASSOCIATION, NEW YORK.

Nº 8

DR. RICHARDS DISPEPSIA TABLET ASSOCIATION, NEW YORK.

Nº 8

DR. RICHARDS DISPEPSIA TABLET ASSOCIATION, NEW YORK.

Nº 8

DR. RICHARDS DISPEPSIA TABLET ASSOCIATION, NEW YORK.

Nº 8

DR. RICHARDS DISPEPSIA TABLET ASSOCIATION, NEW YORK.

Nº 8

DR. RICHARDS DISPEPSIA TABLET ASSOCIATION, NEW YORK.

Nº 8

DR. RICHARDS DISPEPSIA TABLET ASSOCIATION, NEW YORK.

Nº 8

DR. RICHARDS DISPEPSIA TABLET ASSOCIATION, NEW YORK.

Nº 8

DR. RICHARDS DISPEPSIA TABLET ASSOCIATION, NEW YORK.

Nº 8

DR. RICHARDS DISPEPSIA TABLET ASSOCIATION, NEW YORK.

Nº 8

DR. RICHARDS DISPEPSIA TABLET ASSOCIATION, NEW YORK.

Nº 8

DR. RICHARDS DISPEPSIA TABLET ASSOCIATION, NEW YORK.

Nº 8

DR. RICHARDS DISPEPSIA TABLET ASSOCIATION, NEW YORK.

Nº 8

DR. RICHARDS DISPEPSIA TABLET ASSOCIATION, NEW YORK.

Nº 8

DR. RICHARDS DISPEPSIA TABLET ASSOCIATION, NEW YORK.

Nº 8

DR. RICHARDS DISPEPSIA TABLET ASSOCIATION, NEW YORK.

Nº 8

DR. RICHARDS DISPEPSIA TABLET ASSOCIATION, NEW YORK.

Nº 8

DR. RICHARDS DISPEPSIA TABLET ASSOCIATION, NEW YORK.

Nº 8

DR. RICHARDS DISPEPSIA TABLET ASSOCIATION, NEW YORK.

Nº 8

DR. RICHARDS DISPEPSIA TABLET ASSOCIATION, NEW YORK.

Nº 8

DR. RICHARDS DISPEPSIA TABLET ASSOCIATION, NEW YORK.

Nº 8

DR. RICHARDS DISPEPSIA TABLET ASSOCIATION, NEW YORK.

Nº 8

DR. RICHARDS DISPEPSIA TABLET ASSOCIATION, NEW YORK.

Nº 8

DR. RICHARDS DISPEPSIA TABLET ASSOCIATION, NEW YORK.

Nº 8

DR. RICHARDS DISPEPSIA TABLET ASSOCIATION, NEW YORK.

Nº 8

DR. RICHARDS DISPEPSIA TABLET ASSOCIATION, NEW YORK.

Nº 8

DR. RICHARDS DISPEPSIA TABLET ASSOCIATION, NEW YORK.

Nº 8

DR. RICHARDS DISPEPSIA TABLET ASSOCIATION, NEW YORK.

Nº 8

DR. RICHARDS DISPEPSIA TABLET ASSOCIATION, NEW YORK.

Nº 8

DR. RICHARDS DISPEPSIA TABLET ASSOCIATION, NEW YORK.

Nº 8

DR. RICHARDS DISPEPSIA TABLET ASSOCIATION, NEW YORK.

Nº 8

DR. RICHARDS DISPEPSIA TABLET ASSOCIATION, NEW YORK.

Nº 8

DR. RICHARDS DISPEPSIA TABLET ASSOCIATION, NEW YORK.

Nº 8

DR. RICHARDS DISPEPSIA TABLET ASSOCIATION, NEW YORK.

Nº 8

DR. RICHARDS DISPEPSIA TABLET ASSOCIATION, NEW YORK.

Nº 8

DR. RICHARDS DISPEPSIA TABLET ASSOCIATION, NEW YORK.

Nº 8

DR. RICHARDS DISPEPSIA TABLET ASSOCIATION, NEW YORK.

Nº 8

DR. RICHARDS DISPEPSIA TABLET ASSOCIATION, NEW YORK.

Nº 8

DR. RICHARDS DISPEPSIA TABLET ASSOCIATION, NEW YORK.

Nº 8

DR. RICHARDS DISPEPSIA TABLET ASSOCIATION, NEW YORK.

Nº 8

DR. RICHARDS DISPEPSIA TABLET ASSOCIATION, NEW YORK.

Nº 8

DR. RICHARDS DISPEPSIA TABLET ASSOCIATION, NEW YORK.

Nº 8

DR. RICHARDS DISPEPSIA TABLET ASSOCIATION, NEW YORK.

Nº 8

DR. RICHARDS DISPEPSIA TABLET ASSOCIATION, NEW YORK.

Nº 8

DR. RICHARDS DISPEPSIA TABLET ASSOCIATION, NEW YORK.

Nº 8

DR. RICHARDS DISPEPSIA TABLET ASSOCIATION, NEW YORK.

Nº 8

DR. RICHARDS DISPEPSIA TABLET ASSOCIATION, NEW YORK.

Nº 8

DR. RICHARDS DISPEPSIA TABLET ASSOCIATION, NEW YORK.

Nº 8

DR. RICHARDS DISPEPSIA TABLET ASSOCIATION, NEW YORK.

Nº 8

DR. RICHARDS DISPEPSIA TABLET ASSOCIATION, NEW YORK.

Nº 8

DR. RICHARDS DISPEPSIA TABLET ASSOCIATION, NEW YORK.

Nº 8

DR. RICHARDS DISPEPSIA TABLET ASSOCIATION, NEW YORK.

Nº 8

DR. RICHARDS DISPEPSIA TABLET ASSOCIATION, NEW YORK.

Nº 8

DR. RICHARDS DISPEPSIA TABLET ASSOCIATION, NEW YORK.

Nº 8

DR. RICHARDS DISPEPSIA TABLET ASSOCIATION, NEW YORK.

Nº 8

DR. RICHARDS DISPEPSIA TABLET ASSOCIATION, NEW YORK.

Nº 8

DR. RICHARDS DISPEPSIA TABLET ASSOCIATION, NEW YORK.

Nº 8

DR. RICHARDS DISPEPSIA TABLET ASSOCIATION, NEW YORK.

Nº 8

DR. RICHARDS DISPEPSIA TABLET ASSOCIATION, NEW YORK.

Nº 8

DR. RICHARDS DISPEPSIA TABLET ASSOCIATION, NEW YORK.

Nº 8

DR. RICHARDS DISPEPSIA TABLET ASSOCIATION, NEW YORK.

Nº 8

DR. RICHARDS DISPEPSIA TABLET ASSOCIATION, NEW YORK.

Nº 8

DR. RICHARDS DISPEPSIA TABLET ASSOCIATION, NEW YORK.

Nº 8

DR. RICHARDS DISPEPSIA TABLET ASSOCIATION, NEW YORK.

Nº 8

DR. RICHARDS DISPEPSIA TABLET ASSOCIATION, NEW YORK.

Nº 8

DR. RICHARDS DISPEPSIA TABLET ASSOCIATION, NEW YORK.

Nº 8

DR. RICHARDS DISPEPSIA TABLET ASSOCIATION, NEW YORK.

Nº 8

DR. RICHARDS DISPEPSIA TABLET ASSOCIATION, NEW YORK.

Nº 8

DR. RICHARDS DISPEPSIA TABLET ASSOCIATION, NEW YORK.

Nº 8

DR. RICHARDS DISPEPSIA TABLET ASSOCIATION, NEW YORK.

Nº 8

DR. RICHARDS DISPEPSIA TABLET ASSOCIATION, NEW YORK.

